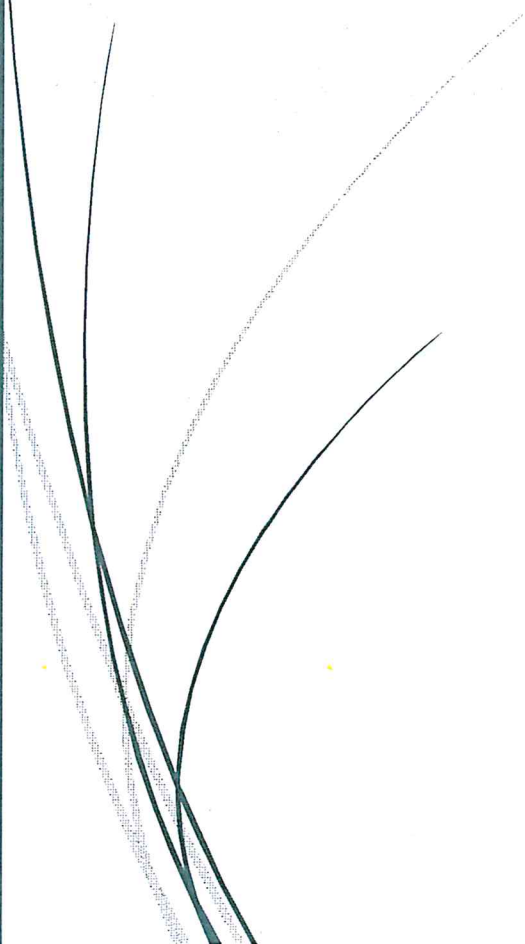


PARTICIPANTE: RELATO
FLAMENCO 3

TÍTULO: El marco astillado
de la ventana

SEUDÓNIMO: Abalorio

CATEGORÍA: Relatos flamencos



V Certamen de relatos breves y pajaronas de Bujalance 2020

Título: El marco astillado de la ventana

Seudónimo: Abalorio

Modalidad: Relato flamenco

*Breve paseo imaginario a través de recuerdos y aromas de paisajes lejanos,
polvorientos y flamencos del siglo XX*

I

Su mano arrugada, donde fraguan sus venas escapatorias por una piel antigua y desgastada, destintada ya del color carne que tuvo alguna vez. Aquel hombre ya metido en los ochenta, que es decir. Observó a través de la ventana de marco astillado el paisaje de fondo. Los llanos sembrados de trigo y alfalfa. Una blanquísima nube como de algodón mientras se aproxima el anochecer a su imparable y constante ritmo. Bronce en los campos; en la lejanía destacan los tonos marroncorteza (así todo junto) y sobre las colinas se difuminan vides y algo de algodón, una fonda que se ilumina por la noche, situada en un cruce de carriles polvorientos e higueras silvestres y abandonadas. Pulgón y recuerdos de filoxeras y de más cosas que mejor olvidar.

Observa el anciano hasta donde llegan sus ojillos cansados pero vivos aún, dirección a una cortijada sito a escaso kilómetro más al Sur, desde donde se perciben las sombras de una señora enlutada. El negro del cuervo. Un transistor de fondo. Parece por sus movimientos como que pintara, en realidad así lo hace casi cada tarde desde el último lunes; a rulazos mientras se mueve de un lado a otro de la fachada. Y dicen que canta, que siempre lo hace. Claro, que hasta donde está él no llega la voz pero así se lo contó

un pasante, uno que tiene un sembrado más allá y pasa por la puerta (de ambos) y tiene por costumbre echar un cigarro con él y una mirada hacia ella. A veces.

Así bien, del resto ya se encarga él en imaginar. Que aquella mujer tiene una voz agradable pero canta demasiado como con penas; quizás sienta una falta importante, se dijo para sí. Por lo del vestido negro. Así que aquella escena - lejanía de un kilómetro - le entretenía las tardes.

Silla de enea y mesa redonda junto a la ventana, con un mosquitero de aluminio. Estiraba el cuello y se podía perder por la campiña. Aquel hombre humilde conoce bien el paisaje, todo el conjunto hasta donde llega su vista y más allá ¡Vaya si lo conocía! Había regado con sudor las cosechas durante años; que si las sequias, los arroyos desbordados y compartido trozos de queso añejo y mantecas con jornaleros de paso. Fueron tiempos de mucho pan y fina harina de maíz. Un cerro donde pastaba una vacada de bravo, de lo antiguo. Le contaron sus mayores que mucho antes, en aquellos años de entreguerras europeas, la comarca se llenó de jovenzuelos en busca de trabajo y también de cantaores y torerillos barbilampiños con muletas sucias y desgastadas, planchadas a palmadas. Ya se bajaban las manos en el manejo del capote. Él, sin embargo, solía más bien preguntar con curiosidad por quienes se dedicaban al cante; voces inspiradísimas que hechizaban las fiestas de madrugada, cuando la noche era día continuado. Buen sitio para ellas fue precisamente aquella cortijada, esa misma donde desde el último lunes y casi cada tarde encala la mujer, que sería moza cuando aquello. Recuerda haber visitado alguna vez el lugar. Los cantaores daban letra y sentimiento a aquel mundo rural, improvisaban y se dejaban la garganta durante horas. Una mirada cómplice al guitarrista. Siempre la mucha calor del patio. Los helechos y los geranios. A veces se organizaban verbenas que se hacían populares y a las que solían asistir gentes que bien sabían de tiempos, palos y ramas. Y luego los torerillos, que se apilaban por la

zona porque detrás de unos cerros había un hombre que tenía una punta de bravo. Y además; el vino. Y tratantes de ganado, forasteros, gentes de paso, portugueses que cruzaban la raya, vecinos y un sinfín de personajes que se amontonaban cuando el portalón se abría para el espectáculo; escuchar cante flamenco era como un regalo. Un escenario de poca monta pero suficiente y todos allí de pie, apretujados y casi en silencio cuando tocaba estar callado. Silencio obligado. Un ventilador en una esquina y unas pocas de mesas ocupadas por quienes podían permitirse la botella y el buen producto del lugar. El resto se conformaba con algún vasito de vino del terruño. Y a escuchar.

Hace años ya de todo ello.

Aquella colina también - recíproca - observaba al anciano. De campo a hombre. Como si de amantes se trataran. Su figura - ya amainada - había sido la de alguien que durante lustros había labrado y abonado gran parte de la comarca. Besanas, arados, azadas y las piernas llenas de cardenales que se escondían tras el duro vello que había sacado de su padre. De nuevo le da por recordar; todas aquellas ilusiones que tenía y planes por hacer. Las horas de conversa en una de las tabernas del pueblo. Una barra. Quizás aguardiente o fino. Agárralo de lo más hondo de la nevera. Y también queso de ese mismo, del que siempre sirves, decía.

- Del cante lo que más me gusta es la raíz – recuerda que dijo una vez.
- Ya empezamos – respondió el mesero, medio en serio. Como harto.
- Explícalo – pidió Corvina, un tipo delgado y de quijada dura que siempre tenía la costumbre de pedir que le desarrollasen las opiniones.

- Pues la raíz, que va ser. Así al menos lo siento yo. Esa emoción que surge como de las tripas, como si se moviera algo por dentro.

Pocas gotas de vino se derramaban mientras la tierra lloraba por la sequía continuada.

- Eres un romántico – le decía Corvina mientras ponía la mano en su hombro. Y ambos sonreían.

A veces alguien se arrancaba; la llamada se hacía chocando los nudillos contra el mostrador. El día y la noche; de ojos negros, bailes y grillos, perdiz y campo. El tiempo y las cosechas - las estaciones - trascurren sin detenerse, el tiempo como rata que todo lo come, hasta la memoria. Y para colmo imparabile. Y los recuerdos se difuminan.

Y el flamenco no es que estuviera presente, es que era el aroma.

La ciudad más cercana a cien kilómetros.

Aquel hombre que fue, en realidad sigue siendo él.

Recuerda que su niñez tuvo lugar en tiempos digamos no boyantes y que cuando cumplió los veinte emigró a la vid. Al norte. Allí se enamoró. El viento barriendo las cenizas del lugar hasta las afueras donde el gallinero y un tractor oxidado que ya era imposible arrancar. Una fragua. El puente viejo. Alimentó a sus hijos gracias a la tierra. Seis de la mañana, un viejo mercado de abastos. La furgoneta cargada. *Las piernas separadas un metro, se deja caer el tronco hacia adelante y la azada clavarse en la tierra.* Entremedio aprendió a cantar - ni bien ni mal - pero lo suficiente para sentirse. Lloró y maldijo una madrugada que no paró de llover y que el alba le mostró como las arroyadas actuaron sin consideración. Y que volvió a hincarse de rodillas en la tierra, con la cosecha perdida mientras se le escapaba un cantecito; nada. Cuatro estrofas.

Pajaronas antiguas que animaban a los bueyes pero sin ellos, rescatando un pasaje de su memoria o inventadas. Con toda la tristeza posible, algo así:

Tormentas acompañan,

(una) cosecha perdida.

Rayos, centellas, granizo

tierra aturdida

En todo ello pensó mientras distingue al otro lado de la ventana aquellos cerros por donde los gigantescos molinos, esos nuevos que han puesto. El cante como salida de los sentimientos, refranes y vivencias. Detrás suya tenía un montoncito de casetes antiguos que alguien le grabó alguna vez. Los mejores, le dijo. Como para tenerlos todo el día puestos. Desde por la mañana.

Y sonrió al pensarlo.

II

Los edificios no tenían más de cinco plantas y él vivía en un tercero de aquella calle de impronunciable nombre. Anocheceía en aquel octubre que ya tiraba las hojas al suelo, cuando las tardes empezaban hacerse eternas y los cigarrillos tardaban en combustionar por la humedad. En realidad poco a poco ¡Que remedio! se acostumbraba a la vida en Alemania. A pisar hojas secas. La gruesa bufanda y la lluvia continua.

Cada día que pasaba, aquel jovenzuelo de cabello ensortijado echaba de más a su abuelo. Lo imaginaba *allá abajo*, perenne al lado de la ventana astillada de casa, contemplando la campiña y pensando en *sus cosas*. Todos aquellos libros de cantaores y las letras que escribía como por costumbre después de almorzar, antes de migar galletas

en el café que sin falta y con rutina solía hacer a eso de las seis de la tarde. Casi una hora y media diaria le dedicaba al asunto; letras que trataban sobre todo lo suyo. Y de tanto practicarlas ya mezclaban alegrías con tristezas y bulerías con malagueñas.

Lo echaba de menos.

Una carta para decírselo y un salivazo al sello.

Sin embargo el abuelo pocas cosas echaba realmente de menos, otro asunto eran los recuerdos y sus nostalgias pero él; su sombrero para salir, pelliza raída y afeitado diario, se conformaba mirando hacia lo más al fondo del paisaje. Aquella mujer encalando de nuevo y quizás por saetas. A él también le gustó siempre interpretarlas. Después pensó que hacía lo menos un mes que no aparecía aquel tipo que repartía pescado en furgoneta, con las cajas hasta arriba de hielo y sardinas. Y pensó, todo junto, que con la guitarra nunca fue capaz y se arrepintió no haberse arrimado en su momento a aquel guitarrista del pueblo del que perdió el contacto cuando se marchó a la gran ciudad. Luego en verano, cuando regresaba, solía hacerle el compromiso que le enseñara pero había demasiado vino de por medio y todo quedaba en buenas intenciones.

III

Unos zapatos siempre mojados no pueden nunca estar lustrosos.

La vida ya no es como antes.

Eso mismo le había escrito su nieto en una postal con una fotografía de la plaza mayor de la ciudad donde vivía. En realidad él no comprendió lo que quiso decirle. No del todo. Mejor cuando venga, pensó para sí. Cara a cara. De todas formas leyó la carta dos

veces y luego se puso a cantar. El compás contra la mesa del comedor. Abrió una botella.

Brindó al aire.

El marco astillado de la ventana y el paisaje de la campiña. Al Sur, una mujer seguía pintando su larguísima fachada y también cantaba.

La Torre, junio 2020